

gullo, anatematizada ya por el Apóstol?¹ Porque, en efecto, cristianos, ¿á qué conclusión, no digo ya práctica y pertinente para la felicidad, pero ni aún especulativa, sino cierta y luminosa, había conducido toda esa ciencia al que con tanto afán la cultivaba, sediento de verdad? ¡Ah! ¡qué triste decepción para la orgullosa razón humana! De error en error, á cual más monstruoso y aun extravagante, había llegado Agustín al más desconsolador escepticismo, es decir, al borde del sepulcro de toda ciencia cierta, á dudar por fin de todo, á desesperar de poder saber alguna cosa con certeza. Ése era el dogma de los Pirrónicos; ésa, la última palabra de la filosofía antigua. Y ¿no lo es también de la filosofía novísima? ¿No oímos á los pretendidos sabios del positivismo desdeñar por insolubles en el tribunal de la ciencia los más importantes problemas de la humana razón, los que conciernen al orden espiritual, sobrenatural y eterno? ¿No desdeñan por eso mismo la teología y aun la metafísica, pagados sólo de la experiencia? Hoy, como hace quince siglos, la razón queda ofuscada en sus mismos resplandores, perdiéndose luego en un laberinto de opiniones contradictorias. ¿No habían prometido los corifeos del maniqueísmo, dueños de los secretos maravillosos del oriente, dar al joven filósofo la explicación de aquel intrincadísimo problema del origen del mal y de su coexistencia con el bien? Y ¿qué hicieron, durante nueve años que perteneció á su secta, sino engañarle siempre con vanas palabras y extravagantes quimeras? «Hombres soberbios y artificiosos, para encubrir su falta de luces y su profunda ignorancia, se envolvían en la sombra de una mentida

¹ I Cor. 3, 19 et passim.

austeridad. ¡Hipocresía y nada más, á propósito para seducir á las gentes sencillas y engañar á los discípulos de buena fe!»¹ «Tú sabes, — escribía el mismo Santo á Honorato, — que sólo me había yo empeñado en esa secta por la seguridad con que sus jefes prometían á sus adeptos iniciarlos en el conocimiento de Dios y disipar todas sus dudas. Yo renuncié á la religión que se me había enseñado en mi infancia, movido del cargo que se nos hacía á los cristianos de adoptar, arrastrados por la superstición, y contradiciendo á la luz de la razón, lo que llamamos la fe, mientras que entre ellos no se obliga nadie á creer sino lo que, bien examinado, se encuentra ser verdad comprobada con buenas razones. ¿Cómo no habían de seducirme tan halagüeñas promesas?»² ¡Siempre las mismas pretensiones por parte de esa orgullosa y engañadora ciencia, satisfecha de sí misma! ¡Siempre las mismas imputaciones calumniosas contra la fe católica, lo mismo por parte de los herejes que por la de los incrédulos! Entre tanto, los hombres que, aun en medio de sus extravíos, buscan sinceramente la verdad, y con humilde desconfianza de sí mismos la imploran de Aquel que es fuente de luz y de verdad, acaban por echarse en brazos de la fe divina, descorazonados por el hastío de las incertidumbres que encuentran fuera de ella en todas partes. San Agustín, desengañado, reconoció finalmente por único Maestro á Jesucristo³, es decir, á la Sabiduría divina humanada para iluminar á todos los hombres⁴.

¹ Conf. lib. 6, cap. 7.

² Lib. de utilit. credendi, ad Honor.

³ Magister vester unus est Christus (Matth. 23, 8).

⁴ Io. 1, 9.

9. Y ¿sabéis, cristianos, lo que impedía al noble Agustín, como impide á tantas inteligencias distinguidas, descubrir la verdad en la escuela de Jesucristo? Pues, no era sino que carecía de ojos para ver: cegábale la orgullosa confianza de su propia razón, el orgullo de quien firmemente cree que se basta á sí mismo para conocer la verdad. Y este tal no llega á conocerla hasta que no descubre, en el misterio del Verbo Encarnado, la necesidad de humillarse, y en efecto no se humilla profundamente en la presencia de Dios. «La ignorancia de los famosos filósofos de la antigüedad, dice el Santo, proviene de su falta de conocimiento del Verbo de Dios...»¹ «Cierto es que en las obras de Platón se encuentra la divinidad del Verbo, mas no se halla nada de su humildad y de su Encarnación.»² No basta, hermanos míos, contemplar la belleza de las obras de la creación, ni aun es bastante el estudio de las Sagradas Escrituras, para llegar á aquel conocimiento de Dios que disipa plenamente las tinieblas y da paz y hartura al corazón; es preciso adorar con humildad profunda el misterio de la humillación del Verbo, es preciso conocer íntimamente á Jesucristo. Así lo experimentó Agustín, de quien son estas notables palabras: «No teniendo todavía humildad, no podía yo comprender á mi humilde Maestro Jesucristo... porque vuestro Verbo, Señor, que es vuestra eterna verdad, elevado más arriba de cuanto hay de excelente en todas las criaturas, eleva hasta él mismo á todos los que se someten á él, y, después de abatido el orgullo, atráelos así por el amor.»³ Así es como todo nos conduce necesariamente á Jesu-

¹ Conf. lib. 5.² Conf. lib. 7, cap. 9.³ Conf. lib. 7, cap. 18.

cristo, la luz de la razón y la superior ilustración de la palabra divina¹. Todas las Sagradas Escrituras, dice el gran Doctor, no tienen otro objeto que llevarnos á Cristo y enseñarnos la caridad². Desde el momento en que Agustín somete su razón á la fe de Jesucristo, y consiente en ser enseñado por el magisterio de la Iglesia, la victoria de Dios queda completa: el gigante está vencido ¡Gloria á Dios!

III.

10. Ya nada hay, en la criatura, que se oponga á los amorosos designios del Criador; y Agustín perfectamente convertido, hecho un hombre nuevo, según la frase del Apóstol, puede preguntar como otro Saulo: *Señor, ¿qué queréis que haga?*³ Á lo cual el Señor no tarda en contestarle: *Yo te mostraré cuanto debes hacer y padecer por la gloria de mi nombre*⁴. Y en efecto ¿quién, después de los sagrados apóstoles, contribuyó más á glorificar á Jesucristo y á su Iglesia que aquel que mereció los títulos de columna del cristianismo, obispo universal, oráculo del mundo entero, lumbrera mayor para iluminar la marcha de la Iglesia á través de todos los siglos? Y cuenta que no hay aquí exageraciones apasionadas; pues, tratándose de este hombre incomparable, no caben las hipérbolos con que suele explicarse el entusiasmo. Porque, como ha dicho alguien, San Agustín es un hombre aparte, aun entre los santos. Grandes designios tenía Dios sobre esta alma que á tanta costa había conquistado, arrancán-

¹ Primera Carta Pastoral del Ilmo. Sr. D. Fr. Nicolás Casas O. E. S. A., Vic. Apost. de Casanare.² «Del modo de enseñar el Catecismo».³ Act. 9, 6.⁴ Act. 9, 16.

dola de las garras del demonio: *scribam super eum nomen Dei mei et nomen civitatis Dei ...* y ¡ojalá me fuera dado explanarlos con la extensión debida para mostrar cómo supo corresponder á ellos aquel que decía al Señor con ánimo resuelto: «Dá lo que mandas y manda lo que quieras»!¹ Pero esto equivaldría á empezar el panegírico cuando debo darle fin. Me contentaré con epilogar á grandes rasgos las empresas de primera magnitud para las cuales llamó Dios á nuestro Santo, del abismo de obscuridad y corrupción, á la admirable luz del conocimiento de su Verbo.

11. Él debía servir de columna al cristianismo. *Harélo columna en el templo de mi Dios*². Pues ¿qué? ¿Véase acaso amenazada de ruina la casa del Señor, después que Constantino, el brazo de la Providencia, la había asentado sobre la tierra con toda la solidez que prestaba la autoridad del Imperio Romano, nunca más fuerte y glorioso que en las manos del afortunado vencedor de Majencio? Y, sin embargo, hermanos míos, un siglo después de haber triunfado el cristianismo sobre la idolatría, la Iglesia necesitaba de una gran columna, gigantesca y granítica, como el genio de Agustín, para conservarse en su firmeza: tantos eran los golpes que de todas partes se descargaban contra ella. El paganismo había vuelto á dominar en el imperio por la apostasía de Juliano, renegado levita y acérrimo perseguidor de Cristo y su Iglesia; la ciencia seductora y prestigiosa de Grecia, Oriente y Roma no se daba aún por vencida y retaba á la fe cristiana en la palestra de la razón y de la historia. Por otra parte, enemigos intestinos desgarraban

¹ Da quod iubet et iube quod vis (S. August.).

² Apoc. 3. 12.

el seno de la Madre de los fieles, apoyados en una casi universal decepción y en la violencia más osada: la herejía y el cisma llenábanlo todo de confusión y escándalos. ¿No os parece que la crisis de la Iglesia de Cristo era tremenda? Pues, para colmo de males, desbordábanse ya por todas las provincias del carcomido imperio innumerables hordas de bárbaros del norte. Dios que no abandona jamás la obra de su diestra, destinó, entre todos los Padres y Doctores de aquel siglo, por cierto muy rico en grandes hombres, al Doctor de los Doctores, al obispo de Hipona, para dar el golpe fatal á todos los enemigos de la Iglesia. Al paganismo redivivo lo destroza con la incomparable obra «De la Ciudad de Dios», la más prodigiosa entre todas las obras de la antigüedad, según eminentes críticos modernos. De los veintidós libros ó tratados de que la obra se compone, los diez primeros tienen por objeto poner de manifiesto los absurdos del politeísmo y lo infame de las costumbres paganas, dejando así aplastada para siempre aquella falsa y corruptora religión que no se levantará nunca de sus ruinas. En los doce restantes erige á la verdadera religión de Cristo el más magnífico monumento, basado en la historia sagrada y profana y en las luces de la sana razón ilustrada por la fe. Es la obra maestra del ingenio y de la verdadera sabiduría cristiana, bastando decir que no hay cuestión de dogma, de moral, de metafísica, controversia y crítica, que allí no quede discutida, profundizada, resuelta sobre sólidos y luminosos principios. El gran Bossuet la tomó por guía y modelo en su tan admirado «Discurso sobre la historia universal». Me veo obligado á callar las demás obras del Santo en que pulverizó los sofismas de los heterodoxos que, falseando

las puras doctrinas del cristianismo, pervertían las inteligencias con extravagantes pero muy contagiosos errores, ya sobre la persona adorable de nuestro Señor Jesucristo, como los arrianos, ya sobre la autoridad de la Iglesia, como los cismáticos donatistas, ya sobre el poder de la humana voluntad, como los pelagianos, ya, en fin, sobre otros muchos puntos, como los famosos maniqueos, los apolinaristas y cien otros. Los innumerables y sapientísimos escritos del Santo serán eternamente el arsenal de todas armas adonde irán á proveerse los apologistas y los oradores sagrados.

12. No contento el hombre escogido por Dios para ser grande¹, con derramar torrentes de luz, ya de su docta pluma, ya de su elocuentísima boca, debía también edificar al mundo entero, á la Iglesia de África y á todas las Iglesias, con hechos gloriosísimos y ejemplos de las más altas virtudes. Fué un monje santísimo, un apóstol lleno de caridad y celo, un obispo cual lo describe el Doctor de las naciones. Inmensos y no menos felices fueron sus trabajos para convertir idólatras, reducir sectarios, reconciliar cismáticos, evangelizar pobres, adoctrinar ignorantes, santificar almas de toda condición y estado. Ni fueron menores las penalidades de su largo y laborioso apostolado, habiendo tenido que ser blanco incesante de todo género de adversidades, tiros y persecuciones.

13. ¿Qué faltaba después de esto á la gloria de Agustín, digo mal, á la gloria que el Criador quería recoger por trofeo de la victoria alcanzada sobre su criatura? Nada sino que proyectara los fulgores de su santidad y de su ciencia hasta los últimos confines de

¹ Matth. 5, 16.

la tierra; y fué así que Agustín, patriarca de infinita descendencia, vinculó su generoso espíritu en una familia religiosa que, á través de quince siglos, ha venido dilatando sus empresas para la gloria del Criador, honor de Jesucristo y lustre de su Iglesia. ¿Qué digo, una? Cincuenta órdenes regulares veneran á San Agustín por Padre y le aclaman Maestro y Guía en la senda de la perfección, descollando, eso sí, entre todas las venerables órdenes agustinianas la de Ermitaños ó Recoletos de San Agustín. ¡Quién pudiera en este día abrillantar la corona del Padre haciendo el recuento de los méritos de sus esclarecidos hijos! ¡Quién pudiera ensalzar la nobleza y antigüedad de su abolengo, sus excelsas virtudes que han poblado de santos el cielo, y la tierra de apóstoles, los relevantes servicios prestados á la religión y á la sociedad en el sostenimiento y dilatación de la fe y de la civilización en ambos mundos, los laureles segados en el campo de las ciencias sagradas y hasta en la profana literatura, en cuyos fastos brillan nombres tan ilustres como el del inmortal Fray Luis de León! Pero, ya que ni el tiempo ni mis escasas luces me permiten espaciarme en exornar sus glorias, apelo á la Iglesia entera que muy alto las proclama, á la América que las atestigüa, á Colombia que está llena de ellas.... Á la gloriosa historia de la antigua provincia de Nuestra Señora de la Candelaria, casi extinguida por la calamidad de los tiempos, sucede ya otra era no menos gloriosa, inaugurada pocos años hace en esta sociedad tan favorecida por los hijos del gran Padre San Agustín. Á los apóstoles que regaron con sangre los campos del Urabá, siguen ya los misioneros del Casanare, dispuestos á fecundar con la suya aquellos dilatadísimos llanos que ya empezaron á em-

parar con el sudor de sus frentes apostólicas. Dos dignísimos prelados, cuyas egregias prendas callaré por no ofender su modestia, don de la siempre generosa España, conságranse uno en pos de otro, á la cabeza de sus abnegados hermanos, á la evangelización de aquellas miserables tribus todavía sepultadas en las sombras de la superstición, y á la moral cultura de tantas desventuradas gentes que allí mismo vegetan en la ignorancia y en el vicio. Entre tanto sus celosos compañeros de misión atienden con solícito esmero á prodigar en las grandes ciudades, con las luces de su inteligencia, todos los consuelos de la religión. ¡Gracias sean dadas al Dador de todo bien! ¡Plegue á Dios que á tan glorioso pasado corresponda un más venturoso porvenir; y que á todos nos alcance el Doctor de la gracia la que necesitamos para seguir sus brillantes pisadas en la tierra y compartir en el cielo los laureles de su inmortal victoria! Así sea.

PANEGÍRICO DE SAN ANTONIO DE PADUA

(predicado en la parroquia de San Pedro, Bogotá, 1895).

El Apóstol de la Edad Media por la predicación y los milagros.

Fuit vir potens in opere et sermone.
Fué un varón prepotente en obras y en palabras.
Luc. 24, 19.

1. ¿Qué hombre es éste, amados fieles, á quien todo el orbe católico aclama con nunca entibiado entusiasmo, á quien todos invocan, cuyos milagros publican todos á porfía, simpático á los mismos que menos se precian

de devotos? *Quis est hic, et laudabimus eum?*¹ diré con el Eclesiástico, deseoso de tributar el merecido encomio á un varón tan famoso como santo y obrador de maravillas: *Fecit enim mirabilia in vita sua*²; y, no sólo durante el corto tiempo que holló la tierra, sino después que la trocó por la vida gloriosa de los bienaventurados, según lo atestiguan á una sola voz todos los siglos y naciones. ¿Quién es éste, hermanos míos, á quien hoy mismo tributáis el homenaje de vuestros piadosos cultos, sino el grande, el admirable y amabilísimo San Antonio de Padua, «*fama super aethera notus*», como decía el poeta profano³: conocido por su fama más allá de las estrellas?

2. ¿Cuál es, empero, cristianos, la base y fundamento de tan bien sentada nombradía, y, por lo tanto, del elogio que hoy debemos tributar á nuestro Santo? Nada menos que aquello que los discípulos de Emmaús atribuían al Mesías, á aquel Jesús cuya resurrección no acababan de creer: *Fuit vir potens in opere et sermone*⁴: Fué un varón prepotente en obras y en palabras. Admiróle la edad media y todavía le admira el siglo XIX. Grande en la predicación, lo fué aun más en la dispensación de los tesoros de la omnipotencia, puestos, al parecer, en sus manos. Y por uno y otro título, verdadero Apóstol de Jesucristo, sal de la tierra y lumbrera del mundo⁵. La predicación y los milagros: veis aquí, hermanos en Jesucristo, dos caracteres verdaderamente apostólicos, los cuales colocan á nuestro Santo en el más alto grado de veneración á que puede ascender un hombre en la Iglesia de Dios. Porque, en

¹ Eccli. 31, 9.

² Ibid.

³ Virgil., Aen. I, 383.

⁴ Luc. ubi supra.

⁵ Vos estis sal terræ (Matth. 5, 13).